

LA MUJER
A TRAVÉS DE LA
HISTORIA



POR
GLORIA CORRONS DE BONNE

NUBIA, *La Inconsciencia*

Egipto, 1.800 a. C.



Aunque no había nacido allí, Nubia se sentía feliz en aquellas tierras. Cuando la capturaron era casi una niña y apenas si recordaba su país de origen. Sus amos eran muy humanitarios, seguían al pie de la letra los mandatos sagrados del Libro de Los Muertos, donde se les decía que maltratar a los prisioneros de guerra era pecado y siempre la habían tratado muy bien, a ella y a todos los demás esclavos de la casa.

Sin embargo, y a medida que fue creciendo, advirtió que no todo el mundo pensaba así. Había visto como esclavos públicos que no pertenecían a ninguna familia eran apaleados delante de todos. Trabajaban de sol a sol en la construcción de carreteras empedradas que servían para transportar enormes

bloques de granito destinados a la construcción de las pirámides y le habían contado que, durante la noche, esos infortunados esclavos eran encadenados y quedaban bajo la vigilancia de unos soldados extranjeros que al no entenderles no podían compadecerse de sus quejas.

Todo aquello la había confundido mucho y se sintió tan asustada al verlo que desde entonces decidió pasar los días en los jardines de sus amos, disfrutando con sus compañeras, del benigno clima de las orillas del río Nilo, sin querer pensar en lo que sucedía mas allá de las paredes de su comfortable prisión.

Su amo pertenecía a la más alta nobleza faraónica y hacía tiempo que éste había partido a la guerra. Vinieron a buscarle muchos soldados con arcos y flechas y otros con lanzas y escudos. Él montó en un carro de dos ruedas tirado por dos caballos, decorados también con brillantes colores y penachos de plumas y se alejó por el camino que conducía a las afueras de la ciudad. Nubia le vio marchar protegido con una armadura de tela, con bandas entrecruzadas de muchos colores y tocado con un casco cilíndrico que brillaba al sol. Toda la familia lloró su partida... pero de aquello hacía ya mucho tiempo. Nubia pasaba alegremente los días de su juventud como una fruta que madura poco a poco al sol, consciente de su belleza.

Le gustaba vestirse con mantos de telas ligeras y suaves que dejaban traslucir las formas naturales de su cuerpo y a veces se paseaba simplemente desnuda, dejando que el aire tibio que venía de las montañas fuese su único vestido. Pintaba sus uñas y sus labios de un rojo intenso y avivaba el brillo de sus ojos con unas gotas de antimonio, a veces también daba unos retoques oscuros a sus pestañas para hacerlos parecer más grandes. Solía ir descalza como todas las demás esclavas y por ello cuidaba esmeradamente sus pies, pero pronto se

acostumbró a usar unas sandalias de cuero que su ama había comprado para todas a un mercader fenicio, aunque delante de ella siempre se descalzaba como prueba de respeto. Nubia adoraba a su señora y ella era quien se encargaba de peinarla personalmente y colocarle una oscura peluca oscura y rizada que la favorecía extraordinariamente.

Cuando su ama no la necesitaba, ocupaba todo el día en su arreglo personal y nada parecía interesarle a parte de sí misma. De hecho, así era como se comportaban la mayoría de las mujeres en la sociedad de Egipto. Los hombres juzgaban su frivolidad con indulgencia, como algo intrínsecamente natural en un ser inferior, aunque, comparadas con las mujeres de países vecinos, las mujeres egipcias gozaban de una cierta consideración entre ellos.

Sin embargo un día su mundo pareció cambiar. Todos en la casa estaban muy tristes y comprendió que el amo había muerto en la batalla. También vio que sus compañeras lloraban mucho y que sus llantos, más que de tristeza parecían desesperados, hasta se dio cuenta de que murmuraban cosas entre sí, como si compartiesen un secreto que ninguna quería darle a conocer.

Llegó el día del entierro del amo. Según las creencias de su religión, el alma del muerto había subido al cielo para ser juzgada por el tribunal del dios Osiris. Una vez ante Él, debía declarar los pecados no confesados en esta vida. Habían momificado su cuerpo y ahora lo llevaban a la tumba familiar dentro de un sarcófago pintado con la propia cara del difunto. Ka, su espíritu, debía permanecer a su lado, pero para ello el cuerpo debía conservarse intacto, de otra forma se disolvía junto con los despojos mortales en los que había habitado.

A Nubia la obligaron a salir de la casa junto con sus compañeras de juegos y

demás servidumbre y unirse a la larga y fastuosa comitiva. Los sacerdotes llevaban puestas las máscaras que correspondían a sus dioses. El ibis, el buitre, el gato, el buey y el cocodrilo avanzaban solemnes en vanguardia; después venían los carros tirados por los caballos, engalanados y cargados con las provisiones y los objetos de uso personal ya que, según sus creencias, Ka tenía las mismas necesidades en la vida que en la muerte. Más atrás iban los Escribas con sus papiros bajo el brazo, donde estaban escritos los libros sagrados, puesto que el amo iba a ser enterrado conforme a su alto rango...

Al cabo de muchas horas de marcha, la gran Pirámide comenzó a verse a lo lejos con sus cuatro ángulos señalando los puntos cardinales del cielo. A ambos lados del camino se extendían las esfinges, enormes y silenciosos fieles guardianes de la tumba, que parecían mirarla de un modo muy extraño, como para advertirla de un peligro desconocido. Nubia comenzó a sentir miedo. Llegaron frente al enorme monumento, las puertas gigantescas se abrieron y poco a poco la hilera humana fue engullida dentro de la descomunal piedra que parecía querer tocar al cielo con su vértice. Nubia fue la última en entrar y entonces comprendió. Horrorizada intentó dar media vuelta y salir huyendo, pero los grandes muros de la tumba ya se habían cerrado tras sus espaldas.

Su mente comenzó a girar rápidamente planteándose cosas que jamás había pensado, se daba cuenta que quizá debía haber intentado vivir de un modo distinto; quizá debió ser curiosa y averiguar algo más sobre la vida que se abría mas allá de su jaula de oro; quizá debió intentar huir... Pero ya era demasiado tarde. En el oscuro vientre oscuro de la tumba de su amo ya nadie más volvería a ver sus hermosos ojos ni sus las bellas formas de su cuerpo cubiertas de sedas perfumadas. Miró aterrorizada a sus compañeras de infortunio que a su

lado sollozaban y comprendió entonces cual era el secreto que nadie había querido compartir con ella, pero no lloró. Se acurrucó en un rincón de la estancia iluminado por las antorchas que poco a poco se debilitaban por la falta de oxígeno y esperó la llegada de la muerte con serenidad.

Había aceptado su destino. No había vivido como una auténtica mujer, pero moriría como tal.

A S S U R, *La Crueldad*

Los Asirios, Mesopotamia, 715 a. C.



Assur se había dejado arreglar cuidadosamente la barba aquella noche. Apala, su esclava favorita, había dedicado horas enteras a rizársela para que hiciese juego con su cabello y la había cortado un poco en sus puntas para que el conjunto resultase simétrico. También había empleado un tiempo especial a su túnica que caía en forma de espiral a lo largo de su cuerpo fornido y que estaba adornada con bordados procedentes de Babilonia y le había ayudado a sujetársela por encima del hombro izquierdo sobre la espalda para atarla de nuevo con el cinturón dejando el brazo derecho libre, tal y como era la costumbre de la corte.

Se miró en la superficie del espejo y aprobó su aspecto. Aunque se había coloreado las mejillas y oscurecido las cejas con tinte negro, nada de esto le restaba aspecto varonil. Los brazos estaban cubiertos con brazaletes de oro, los pies con ajorcas de plata y la frente ceñida con una diadema de piedras

preciosas. Su esclava había hecho un buen trabajo, quizá aquella noche sería compasivo con ella y la dejaría dormir en su cama. La había estado observando cuando le maquillaba y le vestía, no tenía buen aspecto, el dormir al raso en las crudas noches de invierno de aquel país abrupto la había envejecido, debería pensar en cambiarla por otra más joven y más fuerte, quizá a la próxima la alimentaría mejor y le daría algo más que los restos de su propia comida, así duraría más tiempo hermosa y fresca, pero aquella noche dormiría con ella, sí, le concedería el favor de la última noche, después la haría degollar como a todas las anteriores, no podía consentir que nadie más disfrutase de su cuerpo una vez él lo había poseído.

Dejó que Apala le ciñese las sandalias a los tobillos y le colocase en la mano el bastón acreditativo de su rango con el sello donde estaba labrada la marca de la dinastía más temible y sanguinaria que jamás existió a lo largo de la historia. Assur estaba orgulloso de ser asirio, cierto era que su país estaba situado en la región más pobre del valle que se extendía entre los ríos Tigris y Eufrates, pero sus tropas habían sabido dominar a los pueblos de Mesopotamia y Caldea que ocupaban los lugares más fértiles, deportando verdaderas masas humanas entre los sometidos o esclavizándolos aunque sin asimilar para nada su cultura y sus costumbres, simplemente sometiéndolos para su provecho. Las brutalidades cometidas tras las batallas con los prisioneros de guerra, las aceptaba no como algo que debe ocultarse por vergüenza, sino como algo de que jactarse.

Antes de abandonar la lujosa estancia para encaminarse al templo, miró a Apala por última vez, aún despertaba su instinto sexual a pasar de su aparente deterioro. Pensó en poseerla en aquel mismo instante, pero prefirió reservarlo

para la vuelta de la ceremonia sagrada.

Ella le miró con sus grandes ojos oscuros muy abiertos, llenos de una ambigüedad extraña, algo parecido al amor y al odio al mismo tiempo y al captar aquella expresión sintió unos feroces deseos de amarla y hacerle daño a la vez. La agarró con fuerza por el largo cabello negro que caía lacio y sin brillo sobre la cintura desnuda hasta arrancarle un mechón de ellos, la mujer se plegó sobre si misma y gimió quedamente, con fiereza se abalanzó sobre ella y la poseyó de un modo brutal, dominado por un instinto irreprimible, después la apartó de su lado y pensó que era absurdo esperar más, desenvainó su puñal y lo clavó con frialdad en el vientre de la mujer que cayó al suelo mientras la sangre que manaba de su herida mortal manchaba sus ropas destrozadas.

Después volvió a contemplarse en el espejo y sin ningún tipo de remordimiento arregló sus ropas y abandonó la estancia sin volver a mirar una sola vez el cuerpo tendido sobre el suelo que se desangraba poco a poco.

En el templo le aguardaba su corte, los sacerdotes y los guerreros. Subió con majestuosidad los siete cuerpos de distinto color que representaban el sol la luna y los cinco planetas conocidos hasta llegar a la cúspide donde se guardaba la imagen del dios. Los toros halados con cabeza humana parecían mirarle desde las paredes con fiereza, erguidos sobre sus cinco patas, de las cuales, de perfil solo se veían cuatro.

Sabía que su vida y su muerte dependían de los astros y su futuro sería leído en las entrañas de la víctima que debía inmolarse aquel día para aplacar la furia de los dioses. Las entrañas de su peor enemigo. Su propio hermano.

Esperó a que éste fuese sacrificado y mientras veía la sangre correr delante de

él y las manos del sacerdote extraían el corazón y se lo mostraban, pensó con lujuria, mientras observaba a una de las mujeres de su séquito, que aquella noche dormiría con ella.

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

